

El Arte de la Prudencia

No descubrirse inmediatamente produce expectación. Misterio en todo. El silencio recatado es el refugio de la cordura.

El saber y el valor te llevan a la grandeza.

Uno debe hacerse indispensable. La imagen la hace sagrada el que la adora, no el que la pinta. El sagaz prefiere a los que le necesitan que a los que le dan las gracias. El agradecimiento vulgar es olvidadizo y es un error confiar en él.

No se nace hecho. Para llegar a la perfección hay que perfeccionarse cada día hasta llegar al punto más alto, a la plenitud de cualidades, a la eminencia.

Una forma inteligente de ahorrar disgustos y de lograr reputación pronto y fácilmente es no apasionarse (apresurarse).

Tratar siempre con quién se pueda aprender. El prudente frecuenta las casas de los hombres eminentes.

Perfecciona lo bueno y mejora los defectos.

Los malos modos todo lo corrompen. Los buenos modos todo lo remedian. En las cosas tiene gran parte el cómo.

La reputación se compra con trabajo. Poco vale lo que poco cuesta.

No comenzar con demasiada expectación. Es un chasco frecuente ver que todo lo que recibe muchos elogios antes de que ocurra no llegará después a la altura esperada. Lo real nunca puede alcanzar a lo imaginado, porque imaginarse las perfecciones es fácil pero es muy difícil conseguirlas.

El esfuerzo puede ayudar a la buena suerte.

Es una gran habilidad convertir los defectos en motivo de estimación. César supo cubrir de laureles su calvicie.

Las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir. El prudente debe saber entenderlas.

La perfección no consiste en la cantidad sino en la calidad. Todo lo muy bueno siempre fue poco y raro; usar mucho lo bueno es abusar.

Hay que tener entereza. Hay que estar siempre de parte de la razón, con tal decisión que ni la pasión ni la violencia obliguen a pisar la raya de la razón.

Conocer a los afortunados, para escogerlos, y a los desdichados, para rechazarlos.

La suerte es, con frecuencia, culpa de la estupidez y no hay contagio más pegadizo para los próximos al desdichado. Nunca se debe abrir la puerta al menor mal, pues siempre vendrán tras el, a escondidas, otros mucho mayores. En la duda, lo mejor es acercarse a los sabios y prudentes pues tarde o temprano dan con la buena suerte.

Saber apartarse. Una gran lección de la vida es saber negar, pero es mayor el saber negarse a uno mismo, tanto en los negocios como en el trato personal. Peor es ocuparse de lo inútil que no hacer nada. Para ser prudente no basta no ser entrometido, hay que procurar que no te entrometan.

Sopesar las cosas, más las que más importan. Algunos hacen mucho caso de lo que importa poco y poco de lo que importa mucho. El sabio todo lo sopesa anteponiendo primero lo más importante y ahondando donde cree que a veces hay más de lo que piensa.

Conocer las insinuaciones y saber usarlas. Es la mejor manera de probar los ánimos, de manera disimulada, de los demás.

Saber retirarse cuando se está ganando. Es lo que hacen los profesionales. Hay que poner a salvo los éxitos cuando hubiera bastantes, incluso cuando fueran muchos. Un éxito continuado siempre fue sospechoso. Es más segura la buena fortuna alterna.

Hay que conocer las cosas cuando están en su punto y saberlas disfrutar. Todas las obras de la naturaleza llegan al colmo de su perfección: hasta allí fueron ganando, desde allí irán perdiendo.

Primero hechos y después palabras.

Huir de los asuntos difíciles y peligrosos. Es una de las primeras tareas de la prudencia. Es más seguro huirlas que vencerlas.

Nunca perderse el respeto a sí mismo. Es mejor que no se familiarice consigo mismo, ni a solas. Entereza y rectitud.

Saber elegir. Vivir es saber elegir.

Nunca perder la compostura. La finalidad principal de la prudencia es no perder nunca la compostura. Cualquier exceso de pasiones perjudica la prudencia. Uno debe ser tan dueño de sí que ni en la mayor prosperidad ni en la mayor adversidad nadie pueda criticarle por haber perdido la compostura.

La diligencia hace con rapidez lo que la inteligencia ha pensado con calma. La prisa es una pasión de necios. Los sabios suelen pecar de lentos.

Tener valor y prudencia. Si se cede en el valor también habrá que ceder en la prudencia. Mas daña la flaqueza del ánimo que la del cuerpo.

Saber esperar. Nunca apresurarse, nunca apasionarse. Si uno es señor de sí, luego lo será de los otros. La espera prudente sazona los aciertos y madura los secretos pensamientos.

Tener buenas intromisiones. Algunos piensan mucho para después equivocarse en todo, mientras otros lo aciertan todo sin pensarlo antes.

Lo que se hace deprisa, deprisa se deshace. Lo que mucho vale, mucho cuesta. Lo que debe durar una eternidad, debe tardar otra en hacerse.

Saber adaptarse. Uno no se debe mostrar igualmente inteligente con todos, ni se deben emplear más fuerzas de las necesarias.

Salir con buen pié. Atención a los finales. Hay que poner más atención en un final feliz que en una aplaudida entrada. Es frecuente que los afortunados tengan muy favorables comienzos y muy trágicos finales.

No puede haber hombre grande que no tenga alguna cualidad sublime. Las medianías no son objeto de aplauso.

Contar con buenos colaboradores.

La excelencia de ser el primero. Algunos prefieren ser primeros en segunda categoría que ser segundos en primera.

Ahorrarse disgustos. Es útil y cuerdo ahorrarse disgustos. La prudencia evita muchos. No hay que dar malas noticias.

El que vence no necesita dar explicaciones. La mayoría no ve los detalles del procedimiento, sino los buenos o malos resultados. Todo lo dora un buen final. La regla es ir contra las reglas cuando no se puede conseguir de otro modo un resultado feliz.

Hacer que comprendan. Es mas importante que hacer recordar.

No rendirse a los malos humores. El gran hombre nunca se sujeta a las variaciones anímicas.

Saber negar. No se debe conceder todo, ni a todos. Tanto importa “saber” negar como saber conceder. Y aquí interviene la forma: más se estima el no de algunos que el sí de otros, porque un no dorado satisface más que un sí a secas. Es mejor que siempre queden algunos restos de esperanza para que templen lo amargo de la negativa.

Ser decidido. Daña menos la mala ejecución que la falta de decisión.

Saber usar evasivas. Es el recurso de los prudentes para salir del más intrincado laberinto. Con una sonrisa se evita la contienda más difícil. Cambiar de conversación es una treta cortés para decir que no. No hay mayor discreción que no darse por enterado.

No estar siempre de broma. La prudencia se conoce en la seriedad. El que está siempre de burlas no es hombre de veras. A estos los igualamos con los mentirosos al no creerlos; a unos por recelo de la mentira y a los otros de su burla. Nunca se sabe cuando hablan con juicio, lo que es tanto como no tenerlo. No hay mayor desaire que el continuo donaire. Otros ganan fama de chistosos y pierden el crédito como prudentes. Lo jovial debe tener su momento, y la seriedad todos los demás.

Saber adaptarse a todos. Es el gran arte de ganar a todos, porque la semejanza atrae a la simpatía. Observar los caracteres y ajustarse al de cada uno. Al serio y al jovial hay que seguirles la corriente.

Comenzar con pies de plomo. La prudencia entra con gran tiento. Observación y cautela: ellas van abriendo camino para pasar sin peligro. Cualquier acción irreflexiva está condenada al fracaso aunque a veces la salva la suerte. Conviene ir con cuidado donde se teme que hay mucho

fondo. Que lo prepare la sagacidad y que la prudencia vaya ganando terreno.

Caracter jovial. Algunos hacen de una gracia el atajo para salir airoosamente de un problema, pues hay cosas que se deben tomar en broma, incluso a veces las que el otro toma más en serio.

La verdad se ve y excepcionalmente se oye. Raras veces llega en su puro elemento y menos cuando viene de lejos. Siempre trae algo de mezcla de los ánimos por los que ha pasado.

Nunca apurar ni el mal ni el bien. Un sabio redujo toda la sabiduría a la moderación en todo. La naranja que mucho se exprime amarga. Incluso en el placer nunca se debe llegar a los extremos.

Saber valerse de los enemigos. Hay que saber coger todas las cosas por la empuñadura, para que defiendan. Al hombre sabio le son más útiles sus enemigos que al necio sus amigos. Una malevolencia suele allanar montañas de dificultad que la benevolencia no se atrevería a pisar. A muchos, sus enemigos les fabricaron su grandeza. Es más fiera la lisonja que el odio, pues este señala defectos que se pueden corregir, pero la lisonja los disimula.

El mucho uso de lo excelente se convierte en abuso. Como todos lo desean, al final todos se enfadan. Es un gran defecto no servir para nada, y no menor querer servir para todo. Estos pierden por querer ganar muchas veces. *El único remedio de todo lo extremado es guardar el equilibrio en el lucimiento. La perfección debe ser máxima pero la ostentación moderada.* Cuanto más luce una antorcha, más se consume y menos dura. La exhibición limitada se premia con una mayor estima.

Prevenir los rumores. Es más fácil prevenir que remediar.

El gran hombre no debe tratar de lo insignificante. Nunca se debe entrar en demasiados pormenores y menos en las cosas desagradables. Aunque es ventajoso darse cuenta de todo, no lo es quererlo averiguar todo con desmesurado interés. Mandar es, en gran parte, no darse por enterado. Hay que dejar pasar la mayoría de las cosas entre familiares, amigos y especialmente entre enemigos.

Si acaloradamente se adopta, con dudas, una decisión, después, sin pasión, se condenará la necedad hecha. Son peligrosas las acciones en las que duda la prudencia. Es más seguro no realizarlas. La prudencia no admite probabilidades. Es mejor resolverlo al día siguiente en frío.

Más vale un grano de buen sentido que montañas de inteligencia. Así se camina seguro aunque no tan aplaudido. Pero la reputación del prudente es el triunfo de la fama.

Es mejor que el hombre prudente evite que le midan la profundidad de su sabiduría si quiere que todos le veneren. Que sea conocido pero no comprendido. Que nadie averigüe los límites de su capacidad. Que nunca de lugar a que ninguno le alcance de todo.

Saber mantener la expectación: alimentarla siempre. Hay que prometer más y mucho. No se tiene que hechar todo el resto en la primera buena jugada. Es una gran treta saber moderarse en las fuerzas, en el saber, e ir adelantando el triunfo.

Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Son raros los que miran por dentro, y muchos los que se contentan con lo aparente. No basta con ser honrado, tienes que aparentarlo ...

No se debe desconfiar porque no agraden las cosas a algunos, pues no faltarán otros que las aprecien. Ni orgullecerse del aplauso de unos porque otros lo condenarán. La verdadera satisfacción es que sea aprobado por los hombres de reputación y que tienen voz y voto en esas materias.

Las cosas que se han de hacer no se han de decir y las que se han de decir son las que no se han de hacer.

Sin mentir, no decir todas las verdades.

Todo lo favorable obrarlo por sí, todo lo odioso por terceros.

Hombre de gran paz, hombre de mucha vida. Para vivir, dejar vivir.

Lo fácil se ha de emprender como dificultoso para que la confianza no lleve al descuido, y lo dificultoso, como fácil para que la desconfianza desmaye.

Los grandes empeños no se han de pensar para que la dificultad advertida no te incite a dejarlo todo.

Es treta para alcanzar las cosas, despreciarlas.

Saber poco y arriesgarse es seguro precipicio.

Estímese si quiere que le estimen.

Dejar con hambre. La sed es treta de buen gusto picarla, pero no acabarla. Si se ha de irritar, sea antes por impaciencia del deseo que por hartazgos de goce.

La mitad del mundo se rie de la otra mitad. Lo que este sigue, el otro persigue. Tantos son los gustos como los rostros.

Lo breve, dos veces bueno, y aun malo, si poco, no tan malo. Lo bien dicho se dice presto.

La estimación se consigue menos cuando se busca más.

No mostrar satisfacción de sí.

Nunca quejarse. La queja siempre trae descrédito.

No hay mejor remedio de los desconciertos que dejarlos correr, que así caen de sí propios.

Nunca acompañarse con quién te pueda deslucir.

No ser fácil; ni en creer, ni en querer.

Saber usar de los amigos. Conseguir de ellos no solo el gusto, sino la utilidad. Saberlos conservar es más que hacerlos amigos. La amistad multiplica los bienes y reparte los males.

No empeñarse con quién no tiene que perder.

No vivir aprisa. El saber repartir las cosas es saberlas gozar.

Escuchar a quién sabe.

Crear al corazón. Nunca le desmienta porque suele ser el pronóstico que más importa. PERECIERON MUCHOS DE LO QUE SE TEMIAN.

Astienete en los alimentos.

Término medio en todas las cosas.

Muchas son las voces que hieren al oído. Que no te turben ni tampoco te gires para no oírlas. Cuando oigas una mentira sopórtala con calma.

Que nadie por sus dichos, o por sus actos, te conmueva para que hagas o digas nada que no sea lo mejor para tí.

Y sabiendo que morir, es la ley fatal para todos, que las riquezas, unas veces te plazca ganarlas y otras te plazca perderlas.

Respétate a tí mismo.

No guardes rencor al amigo por una falta leve.

Hazte amigo del que desborda en virtud.

No tengo armadura, yo hago de la benevolencia mi armadura.

Si tienes en mente hacer algo, la vida es corta, es una aventura, hazlo y disfruta de ello, porque puede que no se te presente más esa oportunidad. Cuando no estés aquí te dará igual.

Lo que importa más nunca debe estar a merced de lo que importa menos. Establece prioridades.